

TRES REYES CABALGAN

3º- 12º

El romano Aelius Antonius había sido siempre soldado, de joven, de hombre, toda la vida. No había conocido otra cosa que la lucha. Había servido bajo Adriano, cuando este era Pretor, y más tarde, cuando se convirtió en César. Al final de sus servicios fue ascendido a Centurión Mayor y finalmente enviado a la ciudad cuartel de Itálica en Hispania, fundada por el primer Escipión. Aquí llevaba una vida cómoda. Los baños eran los mejores que había, las luchas en la arena tan buenas como un romano podía desear. Los animales más salvajes eran traídos de África, del desierto libio y del altiplano asiático; retaban a los gladiadores a dura lucha.

Pero al hacerse mayor, Antonius se cansó de la vida cómoda; le parecía sencillamente aburrida. La vida en las campañas había sido buena. *¿Qué no había visto? ¿Contra quién no había combatido?* Había dirigido bien sus cohortes bajo Adriano. Había tenido una vida alegre, turbulenta, que conocía derrotas, pero sabía más de victorias. Los dioses le habían sido propicios, y nunca se había portado mal con ellos. Pero ahora se volvía inquieto al ver a otro león librar su última batalla. Notaba que pasaba cada vez más tiempo en los baños, que desperdiciaba valiosas horas de una vida aún valiosa bostezando.

La inquietud lo llevaba a la calle. Viajaba río arriba y río abajo por las orillas del Betis, para contemplar toda la provincia romana. Encontraba Niños en el camino; y como había pocos en Itálica y él no tenía hijos propios, le interesaban, sobre todo los Niños. Pasaba mucho tiempo en Híspalis, aquella ciudad que hoy se llama Sevilla, vagaba por la plaza pública y observaba a los jóvenes, cómo jugaban con sus pequeños dardos o lanzaban el disco. Escogió a uno en particular, que se llamaba Flavio, un Niño de diez años; entre ellos fundó una creciente amistad, atrayéndolo hacia sí con las múltiples y maravillosas historias que conocía. Él contaba de los bretones en su isla más allá de la Galia. Contaba del lejano Rin, de los partos, de lo que había visto en Asia Menor, de Antioquía y Atenas, Tebas y del Nilo. Y contaba de la lejana ciudad de Jerusalén y de la extraña tribu de **los judíos**, a la que los romanos habían vencido.

Un día a principios de abril, Antonius llevó al joven Flavio a Itálica, para mostrarle la fiesta anual de la Gran Madre de los Dioses. En la arena tendrían lugar juegos y carreras de carros, y esclavos de todo el imperio vendrían a las luchas de anillas.

-*¿Quién es esta Gran Madre?*", preguntó el muchacho".

-*"No la conozco." En verdad no es una diosa romana – no del modo en que nosotros reclamamos a Ceres y Juno para nosotros. Pero nosotros, el ejército, la adoramos con gran reverencia. Los Libros Sibílicos han profetizado sobre ella. Hemos considerado correcto no menospreciarla, al igual que a Mitra, pues ella gobierna sobre los vientos, el mar, la tierra, sobre toda la creación. Sin duda nos ha otorgado la victoria sobre los mauritanos."*

-*"Yo quiero apegarme a Marte y Vulcano", dijo el muchacho. "¿Qué no podrían ellos lograr? Y como diosa – dame a Minerva, oh Antonius."*

"Es bueno rezar a todos y hacer sacrificios a todos. Hoy al amanecer hemos sacrificado un toro de seis años para la Gran Madre. Su humo llenó el cielo, la sangre propició favorablemente la tierra. Deberíamos tener una buena cosecha."

"Hay demasiados dioses", dijo el joven con desánimo. "No puedo recordarlos a todos; ¿quién lleva la rama de olivo y quién la rama de pino, y qué es lo que más les gusta que les sacrifiquen? Lo mejor sería que todos desaparecieran excepto el padre Júpiter, y él solo se ocupara de nosotros."

"Cuida tu lengua, muchacho mío. ¡Incluso ahora podrían los dioses estar oyéndonos!"

Las carreras de carros comenzaron. Miraban cómo coronaban al ganador, y Flavio, que aún reflexionaba sobre la Gran Madre, continuó haciendo sus preguntas:

"¿Es ella la madre de Júpiter?"

"Te he dicho que es la madre de todos los dioses. La única..."

Sorpresa se mostró en el rostro del gran soldado, luego una sonrisa disipó el gesto severo alrededor de su boca.

"Te he hablado de Jerusalén y de los judíos. Estuve allí con el César, cuando ordenó reconstruir la ciudad, y he presenciado muchas representaciones en la arena. No son como aquí – las luchas. Allí luchan los gladiadores con prisioneros; y los leones, los leopardos, los tigres luchan contra personas extrañas que se hacen llamar cristianos".

"Nunca he oído hablar de ellos", dijo Flavio.

"Más vale así."

El centurión se encogió de hombros, como queriendo sacudirse todos los pensamientos excepto los relacionados con la fiesta. Una gran procesión se formaba en la arena. Sonaba música de flautas, tambores y címbalos, de laúdes y panderetas. La gente que participaba estaba adornada con guirnaldas, y muchos bailarines los acompañaban. Y entonces un punto oscuro, de color marrón negruzco en medio de las túnicas azafrán, azules, rojas y verdes atrajo la atención del centurión romano, y puso pesadamente la mano sobre el hombro del muchacho a su lado.

*"¡Mira! Ahí hay cristianos. Esos, al final de la procesión, encadenados juntos. Los han traído de **Roma** aquí, sin duda, para obligarlos a rendir honor a la Gran Madre. Una buena broma."*

Y Antonius echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa. Pero el muchacho no entendía la broma.

"Dime, Antonius, ¿qué tiene de gracioso?"

"Que los cristianos tienen su propia Gran Madre. He oído de ella en Jerusalén. Le causará gran disgusto a esos cuatro allí tener que adorar a otra."

Los bailes habían comenzado. Balanceándose, cantando, gritando y tocando música, la procesión se acercaba, hasta que los hombres encadenados llegaron justo debajo del centurión y del muchacho.

"No parecen muy peligrosos", dijo Flavio decepcionado. "¿Gente así lucha contra los leones?"

De nuevo Antonius rugió de risa.

"No luchan en absoluto. Eso contradice su fe. Se quedan allí como sacos rellenos de paja y se dejan masacrar por las bestias."

Sin darse cuenta, el muchacho suspiró.

"Si es así, pronto no quedará ninguno de ellos."

El viejo soldado le dio una palmada aprobatoria en la espalda:

"Tienes algo de la sabiduría de tu Minerva. No pueden sobrevivir al imperio."

"Y la madre que veneran – ¿cuál es su signo? ¿Qué clase de sacrificios le ofrecen? ¿Dónde han erigido su altar?"

Una risa leve acompañó las palabras del centurión:

"¡Sacrificios! ¡Altar! Roma lo derribaría si encontrara uno. Celebran su culto en secreto. Es extraño que un culto pueda surgir de un asunto tan común, cotidiano. Ella era la madre del hombre que crucificaron, y fue a Roma llevando sus huesos – el gobernador romano lo había ordenado, porque los judíos, su propio pueblo, lo habían exigido".

"Esto sucedió hace poco más de cien años. Hablé con un legionario romano cuyo abuelo había estado presente en la crucifixión. El hombre se había puesto por encima de los sacerdotes como una especie de príncipe y salvador del mundo; quizás también se proclamó hijo de un dios, lo he olvidado. Cuando fue crucificado, todos esperaban por eso una gran señal celestial, que algo sucedería, que Jehová, el dios de los judíos, descendería para quitar a este, su hijo, de la cruz."

"¿Y no sucedió nada?"

"Nada. Lo enterraron. Su madre lloró. Algunos de sus fieles llevaron su cuerpo a una tumba. Eso fue todo."

"¿Cómo se llama ella?"

"Lo he olvidado, si es que alguna vez lo supe." Tiró del brazo del muchacho.

"Mira – mira ahora a los cristianos. Los azotarán hasta que se arrodillen y adoren a la Gran Madre. No dudo de que los azotarán hasta que mueran."

Y Aelius Antonius, el Centurión Mayor, se golpeó el pecho de placer y dejó resonar su rugiente risa, para que todos la oyeran. Retumbó por la arena, y uno de los hombres encadenados y azotados, con vestidura marrón negruzca, miró hacia él y, señalándolo con dedos delgados, hizo la señal de la cruz. Una cruz en el aire entre aquel que reía y el hombre que la había trazado.

El muchacho, que observaba esto, se estremeció.

"Tengo frío", dijo. "El aire está fresco para estar en abril."

Ese otoño hubo una cosecha abundante en la Bética. Todos recordaban cómo se había celebrado desmesuradamente la fiesta de la Gran Madre de todos los dioses; sin duda había propiciado favorablemente a los dioses que sangre de cristianos se hubiera mezclado con sangre de bueyes.

Seguidamente, el invierno fue muy frío para el sur de España. Diciembre estaba muy avanzado, y se acercaba el tiempo para terminar las Saturnales, el último día de las festividades. El centurión romano salió temprano del campamento y partió hacia Híspalis. Cabalgó a lo largo de la ribera del río hasta que cayó la noche. La hoz de la luna creciente estaba en el cielo, y estaba despejado y hermoso. Aelius Antonius se sentía mejor. Por los años podía estar envejeciendo, pero aún se sentía joven, fuerte, con ganas de vivir y de todo lo que pudiera traer. Pensaba que quizás incluso viviría hasta el final del siglo. Eso sería algo.

El sonido de pasos suaves detrás de él lo arrancó de sus sueños. Contuvo su caballo para ver quién lo adelantaba. El animal bajo él comenzó a temblar como una hoja de álamo, y sintió una opresión fría, extraña para un legionario romano, en su corazón. Porque sobre tres enormes camellos se acercaban hombres hacia él, de un tipo que nunca había visto antes, por lejos que hubiera marchado en las campañas de conquista romanas.

La estrecha hoz lunar resaltaba cada detalle de su riqueza. Sus mantos eran más costosos que los de cualquier César. Se sostenían en el cuello y el cinturón con espléndidas piedras preciosas que brillaban. Cada jinete llevaba una corona – cuyo esplendor superaba todo lo que Antonius había visto en Egipto, Persia, Grecia y en las regiones más lejanas del Éufrates.

Los camellos llevaban mantas de telas preciosas y preciados arreos. Mientras se acercaban, el romano podía ver que cada uno de los Reyes – pues eso creía que eran – sostenía en sus manos un cofre adornado con piedras preciosas. Aunque él mismo era de gran estatura y su caballo tampoco era pequeño, tuvo que mirar hacia arriba para contemplar sus rostros. Uno era moreno, uno negro como el de un nubio, uno tan claro como el de un griego.

-*¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Adónde va vuestro viaje?*", preguntó el soldado con voz de autoridad romana.

-*"Yo soy Melchor, rey de Nubia y Arabia, donde el oro yace oculto. Mira, lo llevo conmigo como mi regalo."* Alzó el cofre adornado con piedras preciosas.

-*"Yo soy Baltasar, rey de Tarso y de la isla Egrissilla, donde crece la mirra."*

-*"Yo soy Gaspar, rey de la India y de Saba, la tierra de las especias. Llevo incienso conmigo. Cabalgamos juntos hacia Belén de Judea."*

-*"¡En camellos!"* Antonius soltó una risa de asombro. *"Estaréis en la tumba antes de llegar allí."*

Y luego apretó los labios con severidad. Sus siguientes palabras fueron las de un soldado romano.

-*"¿Venís a sembrar discordia? Sabed: el imperio romano no tolera intromisiones. Nuestro poder es absoluto. ¿Qué os lleva a Judea?"*

El rápido ojo de Antonius percibió la mirada que los Reyes intercambiaron entre sí, una mirada misteriosa. Se irritó.

"Hablad, Reyes de oriente. ¿Qué os lleva a Judea?"

-“Queremos llevar regalos. Mira, yo traigo oro”.

-“Y yo incienso”.

-“Y yo mirra – para el Rey de Reyes”.

De nuevo alzaron sus cofres adornados con piedras preciosas. Una expresión de gran confusión apareció en el rostro del romano.

-“¿Qué queréis decir con eso – el Rey de Reyes? El nacimiento de tal rey fue anunciado en los días de Herodes – en Judea debía nacer. Pero ese fue crucificado hace cien años. El hombre está muerto y olvidado”.

De nuevo los Reyes intercambiaron aquella misteriosa y sabia mirada. Melchor dijo:

-“¡Y qué son cien años! Dios mismo ha hablado, mil años serán como un día. Esta noche cabalgamos hacia el pesebre donde yace Jesús, como cabalgamos hacia él cuando nació. Le traemos los mismos regalos que le trajimos la primera vez. Así debe ser siempre. Hasta que la Tierra sea tan vieja que ya no pueda llevar humanos en su faz, nosotros, los Tres Reyes, cabalgaremos para adorarlo a él, nuestro Señor Jesús”.

Era una broma tan extraordinaria como Antonius no había escuchado en toda su vida. Tres Reyes que cabalgaban para adorar a un Niño recién nacido, que ya había alcanzado la edad adulta, había muerto en la cruz y había sido enterrado hacía más de cien años. Tres Reyes que seguían cabalgando. Era una broma para alegrar a todo el campamento cuando regresara al día siguiente. Pero el romano contuvo su hilaridad y dijo:

-“El hombre lleva muchos años muerto, y sin embargo se convierte en Niño para que vosotros lo adoréis. Vuestro dios cristiano obra milagros, y este es sin duda uno de ellos. Nuestros dioses romanos pueden mucho –muchísimo –, pero una vez nacidos y criados, no pueden volver a ser Niños. Venus no regresa a su concha; Hércules no desciende otra vez a la cuna para estrangular a la serpiente. Ja-ja-ja-ja, jo-jo-jo-jo”. Su risa hizo temblar el aire.

Lo dejaron reírse; luego habló Melchor nuevamente:

-“Esta es la tercera vez que te ríes, Aelius Antonius, el romano. La cuenta habla en tu contra. Vivirás hasta que hayas gemido cada risa. Vivirás hasta que también tú te arrodilles junto al Niño y lo adores”.

Los Reyes cabalgaron adentrándose en la noche. El romano los vio marchar, por un momento sobrio y asombrado. La última noche de las Saturnales no era de su gusto. Al día siguiente contó a sus conocidos en el campamento de su ridículo encuentro, pero la broma le supo sosa, y los veteranos insistieron en que había sido engañado por demasiado vino.

Pasaron los años. Aelius Antonius comenzó a contarlos, pero se le escapaban como si nada. A otros, que habían ido con él a Itálica y eran de su edad, los vio debilitarse hasta que finalmente

fueron llevados a la tumba. Pero él no envejecía en todo ese tiempo. Vio a Flavio alcanzar la edad adulta, sus mejores años, lo vio envejecer, observó su entierro.

Su propio cuerpo, sin embargo, permanecía erguido, su andar era vigoroso, sus músculos seguían fuertes. Era increíble. *¿Era una maldición!?*

Poco a poco lo llenó un miedo que incluso lo acechaba en el sueño.

Los soldados en el campamento hacía tiempo que lo evitaban. El nuevo gobernador, que había llegado de Roma, donde ahora Marco Aurelio reinaba como César, había tachado su nombre de las listas como el de alguien que llevaba mucho tiempo muerto. Al oír esto, abandonó Itálica para vagar por la tierra. En cada templo al que llegaba – sin importar a qué dios pagano estuviera dedicado – se detenía para ofrecer un sacrificio y rezar. Buscaba ciudades asediadas y se unía al ejército atacante, se lanzaba a las primeras filas y rogaba que una lanza o la piedra de una ballesta pusieran fin a su vida. Buscaba ciudades donde la peste asolaba. Ayudaba a cuidar a los enfermos, a enterrar a los muertos; respiraba hondo el aire viciado con la esperanza de que tal bocanada le trajera el fin. Pero sobrevivía a todo.

Pasaron cien años. La nostalgia lo llevó al menos cerca del campamento. Encontró allí que el poder de los romanos había desaparecido. De nuevo cabalgó por el camino junto al río en aquellas noches de diciembre. *¿Vendrían – vendrían de nuevo?* Cien años antes había reído de ellos como ahora reía de la actualidad. Aunque esperaba la muerte con ansias, esperaba que los Reyes vinieran otra vez; estaba bien.

Pero como en aquel tiempo, oyó entonces el sonido que tanto esperaba. Se volvió y los vio. Los jinetes majestuosos, con sus cofres en las manos, y Melchor habló:

-*"Una vez más, hermano".* La ira brotó caliente en él.

-*"¿Aún celebráis?"*

-*"Como siempre celebramos".*

-*"¿Y el Niño ha vuelto a nacer?"*

-*"Como siempre vuelve a nacer en este tiempo bendito".*

-*"¿Qué me importa vuestro Niño!"*

Y el romano rió de nuevo larga y fuerte, pero su risa sonó tan hueca que le dio un pinchazo en el corazón. Los vio cabalgar hacia la noche y giró su caballo de vuelta al campamento; pero allí ya no había lugar para él, y así cabalgó más hacia el norte.

¡Cómo podría contaros todo lo que le sucedió al romano Aelius Antonius! Viajó a Britania y observó cómo **los druidas** adoraban a su dios, el Sol. Descubrió que los dioses de **los galos** tenían mucho parecido con los suyos. Se hizo transportar a África para visitar el lugar donde una vez estuvo **Cartago**. El barco se hundió, todos excepto él, perdieron la vida. Regresó a España y encontró que ahora **los vándalos** gobernaban allí; encontró de nuevo a los Tres Reyes y rió y rió, hasta que el viento recogió su risa y pareció llevarla por todo el mundo.

La próxima vez vio que **los godos** habían conquistado España. Los valientes, así se les llamaba, eran poderosos, bárbaros, guerreros, buenos combatientes, pero sin la cultura que Roma había traído. Se convirtió en un fantasma, visible para todos, llamativo por la antigüedad de su armadura

y por el misterio que lo rodeaba. Dondequiera que iba, su forma de hablar lo delataba. Los valientes lo llevaban a sus salones, lo invitaban a festejar con ellos, le daban la bienvenida, hasta que hablaba sin pensar de Adriano y de la campaña contra los britanos; entonces descendía un silencio, y se podía observar que incluso Alarico, el rey, se apartaba de él con temeroso asombro.

Como el vaivén de un gran péndulo, pasaron los siglos. De nuevo llegó a España y encontró que los godos habían desaparecido y **los árabes** estaban por todas partes. Habían establecido un reino fuerte en el sur, habían convertido la ciudad romana de Híspalis en una mora. Conoció a un nuevo dios, llamado Alá, y a su profeta Mahoma. Cuando se encontró con los Reyes en el camino, les arrojó ese nombre.

-“¡Por Júpiter, cabalgad a la ciudad, mirad sus mezquitas, escuchad cómo invocan a su dios desde las altas torres, y entonces decidme si seguís aferrándoos a Judea”.

-“Cabalgamos”, dijeron los Reyes.

-“¿Así que aún adoráis a ese Jesús, aunque ha venido otro rey que reclama el mundo para sí? ¡illosos, ilusos, ilusos!” Y sacudió el puño contra ellos con gran ira.

Cinco siglos, seis siglos, y Aelius Antonius aún no envejecía un año. Vio a **los judíos** comerciar y enriquecerse. Detuvo a uno de ellos, un tal Isador, en la calle y preguntó:

-“¿Has oído hablar de uno de tu propio pueblo, llamado Jesús?!”

-“Hay muchos que se llaman así”.

-“Este nació en Belén, vivió y fue crucificado. Dime, ¿es un rey?”

El judío negó con la cabeza.

-“Pretendió ser rey, incluso el Mesías, pero era un impostor”.

Ese año, el romano esperó mucho a los Reyes para lanzarles lo que un judío había dicho sobre Jesús. Pero pasaba una noche tras otra. En lugar de al final de las antiguas Saturnales, fueron doce días después cuando oyó los pasos de las pezuñas de camello detrás de él en el camino. Con burla segura de sí, se interpuso en su camino.

-“Os saludo en nombre de Júpiter, Hércules, Marte, Mitra, Alá – sí, también de Jehová, pero nunca en nombre de Jesús”.

Escupió ante ellos en el suelo.

-“Hasta su propia raza lo niega. ¡Escuchad lo que dice el judío Isador!”

Y se lo contó.

-“Y ahora, ¿adónde cabalgáis?”

-“A Belén de Judea”.

-“Pero llegáis tarde. Llegaréis allí y lo encontraréis crucificado”.

Y el romano se rio.

-“Encontraremos un Niño en trece días. Mientras tanto, la Iglesia también celebra nuestro día – el día de Reyes –, el día en que llegamos a Belén. Así que a partir de ahora cabalgaremos en este día, no en la víspera de su nacimiento”.

1.A Je - ru - sa - lén lle - ga - ron los Re - yes en tre - ce dí - as, los_
dí - as con su no - ches an - da - ron_ nues - tros Re - yes, an_
lén, al fin, lle - ga - ron los Re - yes en tre - ce dí - as, los_

7 Re - yes en tre - ce dí - as. Pre - gun - ta - ron a He - ro - des que
da - ron_ nues - tros Re - yes y si - guie - ron a u - na es - tre - lla tal
Re - yes en tre - ce dí - as y por - tan - do tres te - so - ros de

13 dón - de es - ta - ba el Me - sí - as, que dón - de es - ta - ba el Me - sí - as. Y He
có - mo de - cían las_ le - yes, tal có - mo de - cían la_ le - yes. Y ha
mu - cha sa - bi - du_ rí - a, de mu - cha sa - bí - du_ rí - a: el

19 ro - des les di - ce: "sa - lid a bus - car - le y dar - me la
lla - ron un si - tio sa - gra - do y muy po - bre don - de i - ba a na -
o - ro, el in - cien - so y mi - rra, los tres pre - sen - tes, tres_

24 nue - va, que quie - ro a - yu - dar - le". 2. Tre - ce
cer el_ Hi - jo del Hom - bre. 3.A Be -
do - nes al Dios na_ cien - te."

<https://ideaswaldorf.com/en-trece-días/>

Y continuaron su camino hacia la noche.

Siete siglos – vio a Carlomagno y a **los francos** marchar contra los árabes. Vio que tras el reino mahometano se estableció un **reino cristiano**. Observó que sobre los cimientos de las mezquitas se construyeron iglesias, campanarios sobre minaretes, que donde antes se oía la llamada a la oración del muecín, ahora se oficiaba misa, vio reclinatorios en lugar de alfombras de oración. Y ahora, he aquí, imágenes del mismo Jesús llenaban las iglesias – Jesús y su madre. Cristianos había en las calles, cristianos en los mares, cristianos, por todas partes.

El nombre de Díaz de Vivar o “*Cid Campeador*”^{*} estaba en boca de todos; el nombre de Santiago el Mayor era musitado por todas partes donde un ejército cristiano partía, y el grito de guerra:

-¡Por Dios, Jesús y María!” resonaba por toda España.

Fernando el Santo había asumido la regencia. Casi mil doscientos años habían pasado desde aquella primera noche en que los Reyes cabalaron. Aelius Antonius esperaba de nuevo en el camino. Ahora conocía el nombre de esa noche en el calendario cristiano – era la víspera de la Epifanía. Hacía tanto tiempo que no oía los nombres de los antiguos dioses que solo podía recordarlos con gran esfuerzo. Ninguno de sus templos seguía en pie, toda adoración hacia ellos había desaparecido. Se había parado ante las puertas de sus iglesias y había escuchado algo de este nuevo culto. Caían palabras extrañas: amor, paz, gracia, vida, justicia. Oía un suave murmullo de un sacrificio, pero no podía entender de qué tipo era. Ya no se sacrificaban animales en los altares, ni se ofrecían corderos jóvenes ni gallos. Ahora se hablaba de que había que dar todo lo que se tiene a los pobres, perdonar a los enemigos, dar la vida por el amigo. ¡Extrañas enseñanzas!

Pero quería saber más al respecto. Esta vez interrogaría a los Reyes.

Vinieron, y de nuevo brillaba en el cielo occidental la delgada hoz de la luna creciente. Oyó los pasos de las pezuñas de camello. Contuvo a su caballo al borde del camino, se apeó y esperó a que los Reyes se detuvieran. Pero los Reyes siguieron cabalgando.

-“¡Os saludo!”, gritó, mientras corría junto al camello de Melchor.

-“¡Deteneos! ¡Lo ordeno! ¡Debo hablar con vosotros!”

-“No podemos detenernos. Esta noche tenemos prisa. Esta noche tenemos una cita con nuestro Señor Jesús”.

Pero Antonius agarró la brida.

-“Esperad, debo hablaros. Después de otros cien años enloqueceré. ¿Oís? No puedo seguir viviendo. Estoy totalmente confundido. Mi cuerpo es una maldición; mi corazón se ha encogido. Quiero acostarme y dormir en la muerte eterna”.

-“No hay muerte eterna”.

-“¿Queréis decir que el Olimpo espera a los valientes?”

-“Queremos decir que hay un cielo – llámalo como quieras – para las almas que encuentran redención”.

-“Pero vosotros me maldijisteis”.

-“Tú mismo trajiste la maldición sobre ti con tu risa. Debes soportarla hasta ...”

^{*} <https://ideaswaldorf.com/el-cid/>

Las palabras se desvanecieron para el romano. Respiró con dificultad. Parecía como si los camellos avanzaran sobre el aire mismo. Pero no soltó las bridas; no debía perder a los Reyes otra vez. Quería correr junto a ellos hasta que la muerte lo alcanzara.

Llegaron a un puente que cruzaba un río ancho y sucio. Pero en el puente se apiñaba tal multitud de gente, como nunca había llenado la plaza de una ciudad para la fiesta de Saturno o la fiesta de la Gran Madre o para el mismo Júpiter: ricos y pobres, nobles y campesinos. Antorchas ardían hacia el cielo. Músicos estaban en el camino. Los Niños arrojaban flores al puente – jazmín blanco, primaveras, rosas. Y cuando llegaron los Reyes, se alzó tal grito que hasta las estrellas temblaron y cayeron:

-“¡Melchor, Gaspar, Baltasar! ¡Los Reyes cabalgan!”

Cabalgaban hacia la iglesia, que una vez fue una mezquita árabe. Cuando la gran puerta se abrió, un silencio tan profundo cayó sobre la multitud que se podía oír el suspiro de un Niño recién nacido, que se podía oír cómo un ángel se inclinaba desde la puerta del cielo para escuchar, que se podía oír cómo los labios de María se curvaban en una sonrisa. Así era.

Los Reyes entraron primero: Aelius Antonius, el romano, los siguió de cerca. Recorrieron una nave de iglesia cristiana, entre arcos moriscos que una vez habían sostenido el techo. Llegaron al altar mayor, iluminado por altas velas, y allí estaba montado el establo común, rústico – parecía como todos los establos de oriente. Un buey estaba allí y un pequeño burro gris. Un hombre se apoyaba en su bastón, su larga barba negra cubría la mitad de su rostro. Una mujer con manto azul estaba arrodillada junto al pesebre del buey, lleno de heno. Y en él yacía el Niño, de apenas unos días. Todo estaba vivo – todo era de duración eterna.

Los Reyes se arrodillaron. El romano se arrodilló, sin saber lo que hacía. Oyó el saludo de los Reyes:

-“Bendita seas, Santa Madre de Jesús; y paz sea con tu Hijo”.

Oyó la voz suave y dulce de esta Gran Madre:

-“La paz sea con vosotros, Reyes”.

Luego saludaron al Niño:

-“La paz sea contigo, Emanuel, ahora y por siempre. Como ahora, seas siempre – Rey de Reyes, Salvador de los salvadores – ¡Príncipe de la Paz!”

Aelius Antonius, el romano, se deslizó de rodillas más cerca y se oyó pronunciar el saludo:

-“La paz sea contigo, Jesús de Belén. Te saludo ante Júpiter, ante Mitra, ante Alá, ante todos los dioses. Que tu reinado sea eterno y todopoderoso”.

Y así Aelius Antonius encontró finalmente su muerte. Pero en muchos países perdura en el recuerdo su leyenda, la leyenda del centurión romano que vagaba sin envejecer, que aparecía en este país y en aquel, en fortalezas de montaña y en los mares y que está marcada por tantos siglos que ya no se pueden contar con seguridad. En España se le conoce mejor. Y así, que Dios deje descansar su alma.